

Tucumán Zeta

Enlace al artículo: "El Gordo Moneda tiene nombre"

Autor: Pedro Noli

El Gordo Moneda tiene nombre

Alguna vez lo vieron feliz en Barrio Sur. Y ahora, habla desde su ocaso el mendigo más nombrado de acá, a quien conocés, pero que no sabés quién es, ni por qué lo escondió su madre, ni dónde estudió, ni qué le pide a Virgen, ni dónde duerme, ni por qué se pone violento y pega.

En los tiempos que fue empleada doméstica, María Isabel Artaza guardó un secreto doloroso durante más de 200 noches.

Vivía junto a su mamá, Rosa, en una habitación del fondo de una casona de la calle La Rioja al 200, en el barrio de los naranjos agrios, perfumados y eternos, el Barrio Sur. Entre las dos, madre e hija, limpiaban el piso, preparaban la cena, tendían las camas, lustraban, fregaban, acomodaban y cuando terminaban de lavar los platos, recién entonces María Isabel tenía permiso para salir a jugar.

Hace 45 años, cuando ella y sus amigas eran niñas, jugaban en la vereda. Como cualquier chiquita de barrio, reían mientras corrían, se escondían, se pillaban delante de los adultos y los ancianos que habían sacado la silla afuera y que, mientras envejecieron con musculosas blancas y el vermú en mano, las vieron crecer, las vieron volverse adolescentes.

Ya jovencita, María Isabel espiaba desde el balcón, que ahora es una ventana, a los muchachos de la esquina.

Se juntaban en La Rioja y Las Piedras, donde hoy es la pizzería Quino. Pasaban tardes eternas ahí, fumando de pie, conversando sentados. Algunos llegaban en moto. No había semáforos, ni tantos autos como ahora; había presumida en el barrio y lo que se cruzaba por la calle eran las miradas.

María Isabel ya había cumplido 20 años y seguía durmiendo, cocinando y limpiando.

Cuentan acá, en esta cuadra, que se enamoró de alguien que le robó el corazón, pero que no la quiso.

Y que ella lo disfrutó un tiempito.

Pero que después se asustó.

Y que tuvo miedo de quedar en la calle y sin trabajo.

Pero que entonces creyó encontrar una solución y se fajó la panza. Se la ocultó, se la vendó: se la asfixió.

Y que lo hizo muy bien.

Pero que una noche calurosa de primavera estalló el llanto de un bebé en el fondo de la casa.

María Isabel parió a su primer hijo sin que nadie sospechara de su embarazo. Ni bien le empezó a salir la panza, se la apretó, se la ciñó con telas hasta hacerla desaparecer. Iba al almacén, lavaba los platos, acomodaba los cubiertos y nadie lo notaba. Entonces, el niño que tenía adentro -porque era un varoncito-

creció un poquito apretado.

Y dicen que por eso, el 8 de diciembre de 1977 -según él lo recuerda después de hacer esfuerzo- nació con algunas deficiencias mentales Raúl Ernesto Artaza, quien llevó toda su vida el apellido de su madre y que ahora está solo, duerme en la calle, a veces meado, y es conocido como el Gordo Moneda o el Hombre Monedita desde que un programa de humor lo presentó como un personaje chistoso.

Son las once de la mañana y estoy viajando en el 9. El sol debe estar ardiendo arriba de mi cabeza o tal vez hoy haya dos soles en el cielo porque por la ventanilla del colectivo no entra viento, entra vapor, un vapor pesado que humedece las axilas de la mujer que está sentada en frente y que con una carpeta intenta abanicarse.

El Gordo Moneda también está arriba del bondi, a la par de chofer. Tiene una bolsa blanca, los rulos negros, cortos y despeinados. Su barriga larga, más larga que el ancho que hay entre sus hombros, aparece por arriba del pantalón y queda al descubierto porque la camisa no alcanza a taparla. Se queda en el pupo.

-¡Una moneda! ¡Unnna moneda!- le exige a una mujer que camina por el pasillo. La señora, de pelo oscuro hasta el hombro y de unos 50 años, se asusta y tira el cuerpo para atrás mientras esconde su cartera. Entonces el Gordo Moneda recurre a su última acción de moda, a la que efectúa desde hace un tiempo y que le da mala fama en la calle: Le pega un manotazo abierto en el hombro.

Los hombres que viajan en el 9, incluido el chofer, reaccionan, y sus miradas apuntan al mendigo, que mira para los costados, rápido y preocupado. Y entonces, cuando no encuentra salida, empieza a los gritos, frase tras frase, sin tomar aire, rápido, rapidísimo:

-¡Una moneda, joven! ¡Una moneda, una moneda, una moneda! ¡No tengo trabajo! ¡Una moneda, joven! ¡No tengo trabajo! -grita y avanza hacia la mujer que había golpeado y se le pone otra vez a la par- ¡Una moneda quiero! ¡Unnna moneda! ¡Una moneda! ¡Una moneda pal café! ¡Una! ¡Moneda! ¡Una! ¡Moneda!

La mujer retrocede hasta el escalón que se pisa para subir al colectivo y un hombre que estaba sentado por ahí, se pone de pie:

-Ya te estás desubicando, le dice y, mientras lo encara, el 9 sigue su marcha por la General Paz. El Gordo Moneda abre los ojos. Los tiene verdes. Brillan en su rostro morocho como esos foquitos que se ven titilar en el cerro cuando se hace de noche. Parece que esta vez le van a pegar.

El Gordo Moneda se había sentado en el segundo asiento de la fila de uno, atrás del colectivero. De ahí pedía. Cada persona que ve, genera en él esa reacción inmediata que lo ha convertido en el mendigo más nombrado de Tucumán, a quien todos conocen pero no saben quién es; parecería que Raúl Ernesto Artaza pide por impulso físico, que necesita mendigar para respirar, que si no le pide a cada persona que ve, una horca le ceñirá el cuello.

Se le acerca el hombre y el Gordo escapa. Enfila hacia el timbre, hacia la puerta de atrás. Camina arrastrando su bolsa blanca y deja el piso húmedo y oloriento, como si ahí dentro llevara restos de comida con salsa o alguna gaseosa mal cerrada. En su paso rezonga.

-Qué denso, por Dios, murmura una jovencita a su compañera de asiento y se muerde los labios mientras niega con la cabeza.

-Y ta loco el olor que tiene, le contesta su amiga.

El Gordo Moneda toca el timbre y se baja transpirado sobre la calle Buenos Aires, antes de llegar a Crisóstomo Álvarez.

No es la primera vez que pegó. En la calle, por donde camina mientras todos lo ven, se ganó ya la fama de violento, de agresivo.

Tal vez por esa vez que tuvo que venir la policía porque se enloqueció cuando el conductor de un auto estacionado en La Rioja al 300 no quiso darle propina. El Gordo empezó a pegarle al vidrio con el puño cerrado. O quizá por alguna de las veces que zamarreó a un empleado del call center de Junín al 200. O puede ser debido a que antes, cuando andaba por la plaza Urquiza, le pegaba a quienes esperaban el colectivo sobre la avenida Sarmiento. O vaya a saber por qué, pero el caso es que lo último que dicen los tucumanos sobre el Gordo Moneda es que, cuando la gente no le da monedas, algunas veces, pega.

Y vale la pena preguntarse entonces qué le pasó a este hijo de una empleada trabajadora, que de niño cursó hasta séptimo grado, que de joven aprendió oficios, que sabe leer, que tiene como plato preferido arroz con pollo y que alguna vez durmió sobre un colchón y bajo un techo, y que hoy se tira en cualquier zaguán a esperar que se haga de día para desayunar siete facturas y pasarlas con una taza de café preparada por un vecino.

En esta cuadra, en La Rioja al 200, viven personas que tuvieron en sus manos a Raúl Ernesto Artaza cuando era bebé. Prefieren que su nombre no sea publicado. Algunos para no tener problemas con los vecinos, otros por modestia porque lo ayudan desde el anonimato.

El día que nació Raúl hubo un revuelo en la cuadra. Los chismes empezaron a volar de boca en boca y nadie podía creer que María Isabel había estado embarazada hasta que la vieron luego del parto, con la panza afuera.

Dicen que cuando llegó Raúl, la dueña de la casa, permitió que se quedara. Dos años después, María Isabel tuvo dos hijos más, a Mariana y Sebastián, y al poco tiempo se fue.

Raúl, entonces, quedó a cargo de su abuelita, Rosa. Y creció en esta cuadra, al igual que su mamá.

Fue a la escuela. Como aprendía un poco más lento que los demás chicos de su edad, cursó hasta séptimo grado en la Escuela de Nivelación Díaz Vélez. Ahí aprendió a leer, a escribir, a sumar y a contar. La infancia de Raúl fue la de un niño enfermo, con problemas mentales, pero cuidado, querido y medicado.

Después, de joven, aprendió carpintería. Y de lunes a viernes, tomaba el 5 para ir a la Escuela Especial de Oficios Manuel Belgrano, en la avenida Francisco de Aguirre 310. Y ahora que está tirado en la calle, lo recuerda:

-Ahí había carpintería, dibujo técnico, herrería, ajuste ¿Ha visto esa mesa grande donde ponen la morsa? Bueno, esa mesa tienen en la escuela que yo iba. Ahí me querían lo profesore, pero yo después me he portao mal y ya no fui má, me dice Raúl; y me doy cuenta que lo que le falta no son monedas sino una nueva oportunidad.

Una de las vecinas que pasea con su perro me cuenta que Raúl le regalaba adornos hermosos y que una vez volvió de la escuela con una repisa para ella. Otra recuerda que el joven salía cargado con un mochila llena de maderitas y que volvía sonriente y apurado a la casa para llegar a la hora de merienda. Y una tercera dice que Raúl, debido a su psicosis, recibía de su abuela Rosa su dosis diaria de Halopidol.

Pasaron los años, Rosa envejecía y Raúl empezó a pedir. Primero en el colectivo. Luego en la esquina. Luego en la cuadra, en la pizzería, en la escuela. De un día para el otro Raúl le pedía monedas a quien se le cruzaba. Y la abuela, ya anciana y cansada por haber trabajado todo el día, se quedaba esperando afuera hasta las tres de la mañana cuando Raúl volvía de mendigar.

Fue así hasta que un día falleció la dueña de casa y la abuela y el nieto quedaron en la calle.

Se sabe que Rosa se fue a Monteros. Y que Raúl se quedó por acá y sin medicamento.

Que hace unos años dormía en una casa abandonada, de la misma cuadra, a la par de La Rioja 258. Y que el lugar se había transformado en un basural y, entonces, la municipalidad cubrió el acceso con carteles publicitarios. Hoy, ahí, hay anuncios del centro médico Galvez que muestra a una familia rubia debajo de un arbolito de Navidad.

Desde entonces Raúl se tira a dormir donde puede, en cualquier zaguán de Barrio Sur de donde no lo corran.

Por su manera exagerada de pedir monedas, Raúl se hizo popular.

Le hicieron un grupo de Facebook que se llama: Yo también conozco al Gordo Moneda! Ahí, algunos de sus suscriptores escriben sobre sus encuentros con Raúl. Por ejemplo:

“Cómo pide monedita y si no le das te sigue pidiendo, y te insiste y no se cansaaaa. Este se gana el premio de los record guinner ya que nunca se cansa de pedir”, firmó el muro César Ro.

“Ayer lo conocí en Tafí del Valle, en el Festival del Queso, se metió tres tamales al hilo, hervidos, con una Sprite de 2.25 litros, para asentar se aplicó una porción de media torta a la que no pudo terminar. Salud hermano MONEDA”, publicó Christian El Buitre.

“Eh, amigo no me da un moneda soy un chico bueno...!!! ajaja”, escribió Facu Campos.

Tan popular se hizo, que hasta salió en la tele. En 2009, el programa humorístico República de Tucumán lo entrevistó en la calle para su segmento Personajes Urbanos. Fue un día caluroso.

El entrevistador vestía una camisa negra de mangas cortas y Raúl usaba un pulóver de lana, jeans y zapatillas sucias. Las preguntas, siempre con contenido jocoso, a lo que apunta el ciclo, giraron en torno al personaje y a las monedas.

La entrevista duró 2:11. Le preguntaron cuál es su moneda favorita y si recibía Euros. Reprodujeron sus dichos en cámara y audio acelerado, y al final, cuando ya se acababa el tiempo, le preguntaron su nombre.

Raúl no pudo contestar rápido. Su nombre no le salía. Luego de dos cortes de toma y de que fuera interrogado tres veces con la misma pregunta, por fin, pudo responder:

-Raúl Ernesto Artaza, dijo.

Como lo miraron en la tele, lo miraron en la calle. Como un personaje, como un show, una actuación, y su papel de pedir monedas estuvo siempre antes que su nombre, que es lo último que aparece en las películas. Parte de la sociedad convirtió a un hombre abandonado en algo gracioso, que a veces se sale del papel, se vuelve terrorífico, pega. De lejos, el Gordo Moneda es la comedia y la tragedia. De cerca, Raúl Ernesto Artaza es el ocaso, es el fin de un enfermo que se pudre en vida.

El mismo año que nació Raúl, en invierno de 1977, algo siniestro les ocurrió a los mendigos de Tucumán. Una noche helada, mientras su mamá María Isabel miraba por el balcón, un camión militar circulaba por las calles del barrio y de la ciudad. Se detenía donde había un linyera y, a la fuerza, los policías lo subían. Cuando terminó el patrullaje, el vehículo tomó la ruta para Catamarca y, una vez que cruzó la frontera, los arrojaron en medio del desierto. Todo había sido por orden del gobernador de facto, el genocida Antonio Domingo Bussi, quien estaba preocupado por una ciudad pulcra ante la visita del presidente de facto Jorge Rafael Videla, hoy sentenciado por crímenes de lesa humanidad y por apropiación de niños. Arriba del camión subieron, entre otros, al Loco Perón, al Loco Vera, Pachiquito, al Loco Aplauso, al Loco Margarito, la generación previa de mendigos a la del Gordo Moneda.

Es martes a la noche y son las dos de la mañana. En la esquina de Chacabuco y Las Piedras hay seis bares abiertos y todos tienen, por lo menos, la mitad de las mesas ocupadas. Tanto ha crecido esta esquina en los últimos dos años que tuvo que achicar su nombre: es la famosa Chacapiedras. Y cuando hace calor, en la Chacapiedras, por más que sea el segundo día laboral de la semana, siempre hay cervezas sobre las mesas.

Yo estoy sentado en Verdell, en la esquina noroeste. Y atrás mío hay una jovencita de anteojos con aumento de marco negro que, mientras toma una Norte, le cuenta a sus dos amigos que está cansada de los hombres con hijos. Más atrás, hay un chango en cuero, enchastrado, recién recibido, rodeado de amigos y está tan machado que apenas se mantiene en la silla. Al otro costado, para el lado de la calle, hay un gordito rodeado de tres mujeres hermosas: hay una rubia con una blusa negra que es mirada por todos los hombres que pasan por acá. Y a 20 metros de este circuito de bares de la resistencia al sueño, sobre Las Piedras, afuera pero a la vista, está tirado en el piso, durmiendo, Raúl Ernesto Artaza, el Gordo Moneda.

Tiene el hombro derecho apoyado en una bolsa y sostiene la espalda con la pared. Está sucio. Muy sucio. Se le nota tierra o barro en la remera gris, en el pantalón oscuro y en las zapatillas azules. Descansa la cabeza sobre el hombro y con la mano izquierda sostiene su gorrita y la asegura contra la panza para despertarse si es que alguien se la quiere robar. Están cerca sus bolsas, botellas de bebida y nada más. Está solo. Y entonces, Raúl, acostado en el piso de la vereda, abre apenas los ojos, se baja el cierre del pantalón, se toma el pene y sin mover el torso, intentando no enchastrarse, mea. Cierra los ojos mientras mea. El charco queda a su lado. Y se vuelve a dormir.

La semana anterior Raúl se echaba en el frente. Se acomodaba entre los dos escalones negros del estudio jurídico Elizalde. Dormía perpendicular a la vereda y quienes pasaban tenían que hacerse un poco al costado para no pisarlo. Tenía una bolsa blanca repleta con ropa usada de mujer que había conseguido esa misma mañana. Pensaba que la podía vender porque entre las prendas había descubierto un par de sandalias que le parecían valiosas.

Junto a él estaban los restos de su cena: el papel gris que envolvió su comida, pintado en la parte de abajo con la grasa de las hamburguesas, un tenedor de plástico y un poquito de arroz amarillo condimentado. Tenía también una Torasso sabor pomelo de 3 litros y cuatro que aún no había abierto. Al lado había una botella vacía de la misma gaseosa y el mismo sabor.

Algo le pasó en la boca a Raúl. Tiene el labio inferior caído. Por la poca luz no pude distinguir si era un golpe o una infección. O bien, si uno conecta situaciones de vida de Raúl puede pensar que lo más probable es que sea una herida infectada por falta de higiene: Me contó que una vez un policía de la galería La Gaceta le pegó un cabezazo y lo hizo sangrar. Y me dijo que no tiene donde limpiarse, que antes iba a la iglesia San Gerardo, pero que no quiere volver más ahí porque unos linyeras le robaron unos pesos que tenía en el bolsillo.

Tampoco quiere ir al albergue del Parque 9 de Julio, pero no sabe bien por qué. Dijo que lo vinieron a buscar para llevarlo, pero que esa noche les mintió. Les explicó que no podía ir porque al otro día tenía que encontrarse con su mamá. Y se quedó durmiendo en la calle.

Cuando alguien le conversa y es un poco paciente, Raúl cuenta y pregunta. El diálogo puede ser coherente, pero por momentos se desbarra. Se esfuerza para que uno lo entienda. Se pone nervioso, se impacienta fácil.

Al costado de los restos de comida, hay un montoncito de estampitas de San Expedito. Deben ser unas 200. Raúl las acomodó y se sentó. Le costó acomodarse. Suspiró y me ofreció gaseosa. Hace unos quince minutos que estoy conversando con él en la vereda y suelta una pregunta dulce, conversadora, de barrio, amable:

-¿Nunca has ido pa lo de la Virgen de Catamarca, vos che?

Le respondo que lamentablemente no, y así como en febrero se las arregla para llegar en colectivo a Tafí del Valle en diciembre viaja a Catamarca. Raúl sigue:

-Nooo. Es hermoso. Yo le pido plata a la Virgen. Dinero que me mande, que me mande plata. Todos los ocho voy. Llevo una bolsa de estampas. Y armo flores de trapo y voy. Les pongo una estampita, las armo con una

cinta y voy. Hay un señor que nos lleva, de la Acción Católica. Yo tengo un amigo ahí, se llama Sebastián. Nos da una Torasso pa cuando vayamos caminando.

-¿Y esas estampitas para cuándo son?, le pregunto y apunto con la cabeza a las de San Expedito.

-Yo trabajo, loco. Voy a la casa de la estampita. El autor de toda la estampita es el Papa Juan Pablo Segundo. No se cómo será que la hacen. Deben tener una máquina que corta el cartón y alguien que la dibuje. Todo lo día vendo estampita yo. Vieras como vendo en la Iglesia San Roque. Yo voy a todas las fiestas patronales. La fiesta de la Virgen de Fátima, de la María Auxiliadora, del colegio Belgrano, la procesión de la avenida Alem...

Y cuando parece que la enumeración de celebraciones religiosas será larga, se cruza caminando un joven hacia su auto y Raúl cambia el tono de voz y pregunta, indaga, exige:

-¡Una moneda, joven! ¡Una moneda le pido! ¡Una moneda, joven! No tengo pal café de mañana.

No encuentra respuesta y vuelve a pedirme a mí. Ahora quiere un billete. Y es verdad que quiere café. En la esquina está la rotisería Dani, donde en las últimas mañanas compré siete medialunas para desayunar. Los empleados lo cuentan así. Y el café lo hace calentar en la casa de alguno de los vecinos. Muchos lo ayudan. Y Raúl ya pasó por sus casas recordándoles que se acerca Navidad y que tendrán que darle un turrón. Sabe de comidas. Pide para comer lo que le gusta. Con las monedas que junta en todo el día, se va a Dani, por ejemplo, y compra lomo al verdeo, ravioles con tuco, docenas de sifijas, pollo con arroz, que dice es su comida preferida.

-Frito me gusta. Yo le meto así nomá. Que se cague si después me agarra el ardor en la pansa.

-¿Qué te pasó en la boca?

-Estamos enfermo. Se tenemos que hacer ver. Dicen que hay un doctor en el hogar del Parque 9 de Julio, pero no se si voy a ir. Ahí te bañan, te dan ropa. Yo soy una persona de la calle. Yo ya estuve en el Obarrio, mi hermana me llevó. Voy a dormi al Seminario y a los hogares a veces. Ahí están los que van a lavar autos, que me roban a mí. A la Iglesia San Gerardo voy los domingos ¡Los do-min-gos nomás! –me advierte- Pero yo me duermo y me roban. Yo soy un vago que tiene problema, amigo. Soy diabético. Me agarra taquicardia en el corazón. Me pongo nervioso, me agarra la locura.

-¿Y qué te pasa cuando te ponés nervioso?

-Ya me han hecho cagá un montón de veces. En el centro, en el bar de la Muñecas. Y ya no voy má para ahí. Yo cuido autos en La Rioja. Yo soy el capo de La Rioja. Ahí yo tengo mi parada. Yo hago la mía. Que lo otro hagan la suya y no me quieran vení a corré. A mí y a mi abuela ya noan corrió de casa y me quedao en la calle.

Ya lo corrieron de los bares por sucio, de los zaguanes por mearlos, de los rincones por agresivo. La ciudad se le achica y parece que lo entiende. Raúl se queda en silencio, toma del pico un poco de la gaseosa y, mientras mira al piso, se dice para él, despacito, tranquilo, calmado:

– Yo si esto sigue así, no sé. Yo no tengo a dónde mierda ir. No tengo casa, nada. Nada.

Y mientras tanto la luna se mueve, pero a nadie parece importarle.